

LA LITURGIA O LA EUCARISTIA

Gerhard Cartford

	(Confesión y absolución)
	(Anuncio del día)
ENTRADA	Himno -- según la época del año cristiano, o al Espíritu Santo, o general Salutación apostólica (II Cor. 13, 14) Kirie -- Señor, ten piedad Gloria a Dios en el Cielo o Digno es Cristo, durante la Pascua y otros domingos Oración del día (colecta) una corta oración general relacionada con el tema del día (Anuncio del día, si no al principio)
LITURGIA DE	Primera lectura -- tomada del Antiguo Testamento
LA PALABRA	Salmo, cantado -- relacionado normalmente con la primera lectura y el Evangelio Segunda lectura -- tomada del Nuevo Testamento Aleluya, cantado con versículos El Evangelio Predicación Himno del día -- relacionado con el tema del día Credo
OFERTÓRIO	(Anuncios parroquiales) Oración de la iglesia -- oración general para la iglesia y sus líderes, la sociedad, las familias, los necesitados, nosotros y otros La Paz del Señor

Las Ofrendas

Ofertorio — versículos tratando los temas de sacrificio, nuestras ofrendas, la vida de servicio

LITURGIA DE LA (Himno de la santa cena)

SANTA CENA Prefacio, empezando con la salutación y terminando con el Santo

Oración eucarística — esta es la Acción de Gracias que contiene las Palabras de Institución

Padre nuestro

La comunión, durante la cual se puede cantar el Cordero de Dios

Colecta de gracias, o cántico o himno, seguido por la colecta

DESPEDIDA Bendición

Despedida: Vayan en paz. Sirvan al Señor.

LA LITURGIA. ¿QUÉ ES?

La liturgia de la iglesia es una herencia de toda la iglesia de todo el mundo. No es “nuestra,” para cambiarla o tirarla en cualquier momento, cuando no nos guste algo. Es un tesoro común que tratamos con cariño y entendimiento, porque nos trae la Palabra de Dios. San Juan nos dice que en el principio “la Palabra se hizo carne.” Nosotros, cuando celebramos la liturgia, encarnamos nuevamente la Palabra: en nuestras acciones, nuestros cantos, nuestras ofrendas, nuestras palabras, los sacramentos; es decir, estamos dando vida a los conceptos bíblicos que nos hablan de Cristo y de su misión en el mundo.

Para mucha gente en la iglesia el sentido original y básico de la palabra liturgia es desconocido. Piensan que la liturgia consiste solamente en esa parte del culto que se celebra antes del sermón. Realmente, la palabra quiere decir “el trabajo del pueblo de Dios,” y se refiere a todas las acciones que hacemos juntos cuando nos reunimos en la iglesia, incluso el sermón y el sacramento. Es un trabajo de todos, en el cual todos tenemos que entrar para participar con la mente, el cuerpo y el alma.

No vamos a tratar todo lo que es la liturgia en un solo artículo. Quisiera concentrar la atención en tres cosas: 1) poner en orden las partes principales de la liturgia, para poder verla en su totalidad; 2) dar algunas explicaciones del porqué de estos elementos y de la estructura de la liturgia; y 3) reflexionar sobre puntos claves en la práctica litúrgica luterana.

El orden que sigue aquí es, en su plan general, el orden de la iglesia occidental, cuya tradición hemos seguido las iglesias litúrgicas, es decir, la luterana, la católica y la anglicana. Tomando en su conjunto, este orden también corresponde al orden litúrgico de la iglesia ortodoxa. Así que nos encontramos los luteranos en medio de una tradición litúrgica de la iglesia mundial. Aquí en la liturgia estamos tocando el corazón de la iglesia, porque el propósito con toda la liturgia es proclamar en su totalidad la Palabra de Dios, tanto la palabra leída y predicada, como la palabra comida y bebida en el sacramento.

La liturgia no es una creación de la iglesia. Al contrario, la iglesia nació y creció en la cuna de la liturgia. Las raíces ya existieron antes del nacimiento de la iglesia en el día de Pentecostés. Las dos grandes partes de la liturgia son la liturgia de la palabra, que nos vino del culto de la sinagoga judía, y la liturgia del sacramento, que nos vino del culto de la casa familiar judía. En el primer caso los primeros cristianos, quienes eran judíos, siguieron su costumbre de ir al culto sinagoga. En el segundo caso, el sacramento de la mesa, Jesús mismo optó por una comida, o cena, judía para celebrar su despedida de los discípulos. A esta cena le dio un significado especial, relacionado con su muerte, y les mandó a sus discípulos celebrar la cena "en memoria mía."

Estos dos ritos, la liturgia de la palabra y la de la santa cena, los celebraron los apóstoles y otros creyentes después de la ascensión de Jesús, como dos ritos distintos. Pero dentro del primer siglo los dos fueron unidos para formar una sola liturgia, que llamamos la eucaristía.

Para celebrar la eucaristía los miembros de la antigua iglesia llevaron ofrendas de pan y vino para la santa cena. Presentaban también otras ofrendas de alimentos y ropa para dar a los necesitados de la comunidad. Se agregó en esta manera una tercera parte de la liturgia, el ofertorio. Así que el movimiento dentro de la liturgia es de dos vías: recibir de Dios su palabra y su cuerpo,

y responder con nuestras ofrendas, que en realidad son símbolos de nosotros mismos. Quiere decir que nos ofrecemos a nosotros mismos en el servicio de Dios. Este movimiento recíproco corresponde a nuestras vidas físicas. Para vivir es necesario inspirar y espirar. La vida ni es completa, ni es posible con una sola de estas acciones.

El sentido original de la liturgia fue el de una reunión de la comunidad cristiana para proclamar la palabra de Dios, celebrar la cena del Señor y llevar ofrendas para el bienestar de toda la comunidad. Esto es la liturgia en el sentido del trabajo del pueblo de Dios. A través de los siglos, desde ese tiempo, se puede trazar la línea continua de esta tradición, a veces distorsionada por falta de comprensión, o por cambios sociales e históricos, o por teología equivocada, pero siempre intacta en lo fundamental, por la gracia del Espíritu Santo. Esta larga tradición de la iglesia es la que proponemos aquí como una guía para comparar y renovar la tradición litúrgica que estamos viviendo hoy en día.

LA ENTRADA

La confesión corporativa aparece entre paréntesis para no ser concebida como parte imprescindible de cada eucaristía. La confesión es esencialmente un acto privado, entre el individuo y Dios, un proceso que debe ser constante en nuestras vidas. La confesión corporativa debe celebrarse en ciertas ocasiones, por ejemplo, días de penitencia, cultos públicos para la confesión y absolución, servicios durante la Semana Santa y otras épocas penitenciales. La confesión corporativa no debe ser concebida como requisito para comungar.

El anuncio del día, que tampoco es imprescindible, consta de una breve introducción al tema del día, o a la época del año cristiano, o a temas especiales, o a todos estos. Pero debe ser breve. También puede incluir una corta bienvenida. Este anuncio puede tener lugar o aquí o antes de la primera lectura.

Después de un himno o salmo de entrada, el presidente saluda a la congregación, usando las palabras de San Pablo (2Cor. 13,14), que en pocas palabras suena como todo un evangelio: "La gracia de Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu

Santo sean con todos ustedes.” Esto nos hace entrar en la presencia de Dios.

Ahora cantamos los grandes cantos de la iglesia: el Kirie y el Gloria a Dios en el Cielo. El Kirie se presenta en forma de letanía, usando peticiones con la respuesta antigua y primordial del pueblo: “Ten piedad, Señor” (en griego: Kyrie eleison). Esta es la forma original de la oración. Tiene su origen en la liturgia de la Iglesia Ortodoxa. En esta forma es más amplia y significativa que la forma que usa solamente la respuesta tres veces repetidas. El Kyrie no es una parte de la confesión de pecados, y no debe aparecer junto a la confesión.

El Gloria a Dios en el Cielo es uno de los hermosos y más antiguos cantos de la iglesia. Es un canto de suprema alabanza. En la versión castellana la música está escrita para cantarse antifonalmente, dando impacto y énfasis a las cortas frases que nos hablan de la gloria y majestad de Dios. Durante la época de la Pascua, y algunos otros domingos, se canta el Digno es Cristo en vez del Gloria. Este texto tomado del libro de Apocalipsis, trata el tema de la victoria del Cordero de Dios sobre la muerte. Así que es muy apropiado para esa época, y nos da el alivio de un cambio en los cantos, en vez de cantar siempre lo mismo.

Otra buena práctica, que da sentido al uso discrecional de estos cantos, es cantar solamente el Kyrie durante las épocas del Adviento y la Cuaresma, dejando el Gloria y el Digno para las fiestas de la Navidad y la Pascua, a fin de que surjan con mayor significado.

La oración del día, con la cual terminamos el rito de la entrada, es una corta oración de gran tradición, que trata el tema principal de las lecturas del día. Este no es el lugar para una oración larga y general, o informal. La colecta tiene el propósito de abrimos los corazones y las mentes para escuchar la palabra de Dios, que nos viene en seguida.

LA LITURGIA DE LA PALABRA

En la liturgia eucarística hay dos acciones primordiales. Ambas tienen que ver con la Palabra. La primera consta de las lecturas de las escrituras y la predicación sobre estas lecturas. La segunda es la comunión, en la cual la Palabra nos llega a través del pan y

vino. Una tercera acción es nuestra respuesta en el ofertorio a estos dones de Dios.

La liturgia de la palabra está compuesta de tres lecturas de la Biblia, una del Antiguo Testamento, una del Nuevo Testamento, y siempre una tomada de los cuatro evangelios. La lectura del Antiguo Testamento está seguida por un salmo relacionado temáticamente con las demás lecturas. Así gozamos de una amplia exposición a la palabra de Dios. En seguida, después de las tres lecturas, se predica el sermón, para que no se interrumpa la secuencia de las lecturas y la explicación en el sermón.

Este orden, en el cual siguen juntos las lecturas y el sermón, da más sentido y entendimiento a la proclamación de la palabra. La estructura misma tiene una integridad que realza el valor de la liturgia, y nos sirve para concentrar nuestra atención en la palabra de Dios. Además, descubrimos, cada vez que leemos varias selecciones de varias partes de la Biblia, la coherencia que nos muestra la Biblia sobre los grandes temas de la historia de los judíos y el plan salvífico de Dios para el mundo.

El himno del día, como nos dice el título, sigue la tradición de la Reforma de usar himnos para proclamar el evangelio en forma cantada. Cantar un salmo después de la primera lectura sigue una tradición aún más antigua. Viene del culto judío. En nuestra liturgia forma un comentario sobre las lecturas. También, habla de nuestras vidas, muchas veces en términos muy específicos. El canto del aleluya nos prepara para escuchar la lectura del evangelio, las llamadas "buenas nuevas."

El credo, que llegó a ser un elemento litúrgico más tarde que otros elementos, es una declaración intelectual formada para dar explicación a las bases de nuestra fe.

EXCURSUS SOBRE LA PREDICACIÓN

En nuestros cultos hemos puesto siempre la mayor atención en la predicación, tratando la liturgia en general como cosa necesaria, pero no muy importante en sí. Esto ha sido el resultado del divorcio entre palabra y sacramento, el cual venimos sufriendo desde hace ya muchos siglos. Hemos dividido la eucaristía en dos partes: la liturgia de la palabra y la liturgia del sacramento, obser-

vando cada domingo el primero y celebrando solamente a veces el segundo.

La realidad es que palabra y sacramento son dos partes de una unidad. El sermón es la explicación, o ampliación, o elaboración de las lecturas del día, o de unos temas sacados de las lecturas. Es una parte de la totalidad de la liturgia que incluye la liturgia del sacramento. Así que tenemos la liturgia de la palabra y la liturgia del sacramento, que forman una entidad que llamamos la eucaristía, o sea, acción de gracias.

La predicación debe reflejar esta totalidad, y no tratar en una manera abstracta un tema de la lectura. El predicador debe tener en cuenta que sus oyentes — los fieles que están reunidos — van a celebrar y compartir el pan y el vino del cuerpo de Cristo después de la predicación.

Esto lleva ciertas implicaciones: 1) El predicador predica mayormente a miembros de la familia de Dios, no a aquellos que están fuera de la familia. 2) El sermón debe ser una ampliación a toda la palabra del día, tocar varios temas, buscar relaciones dentro de los temas de la liturgia, y entre ellos y la vida, y hacer interpretaciones para nuestra vida diaria. 3) El predicador debe tener en cuenta que la vida en Cristo es una totalidad que incluye tanto lo físico como lo espiritual, tanto el pan como la palabra. El debe recordar que su presentación de la Palabra en **palabras** va a ser completado con la Palabra en forma de pan y vino. 4) El predicador debe hacer presente a la congregación el aspecto escatológico de nuestra vida que surge de los textos bíblicos, un concepto integral de la santa cena. El teólogo reformado suizo, Jean Jacques von Allmen, lo dice así:

“... la eucaristía afirma la presencia de la alegría del cielo y alimenta la esperanza; la predicación por su parte, afirma la permanencia del eón presente, es una llamada a la fe y la alimenta ... La doble necesidad para el culto de la predicación y de la eucaristía es la señal más poderosa, quizás, de la situación dialéctica de la Iglesia; no es del mundo, por eso participa en el banquete celestial, pero está todavía en él, por eso tiene necesidad de las advertencias, enseñanzas, ánimos y consuelos de la predicación.”
(**El Culto Cristiano**, 1968)

Dios es Dios de toda la vida. Cuando él llegó al mundo, asumió la forma humana de carne y sangre. El no despreció lo físico.

Del agua hizo vino en Caná. Para curar al ciego usó tierra y saliva con sus palabras. Nos enseñó en el Padre Nuestro a incluir el pedido del pan junto al pedido del perdón de pecados. Así que el sermón debe reflejar todo aspecto de nuestra vida en la reflexión sobre la palabra de Dios que nos traen las lecturas, el salmo, el ofertorio, los cantos y nuestras acciones comunitarias en la eucaristía.

La preparación para el sermón debe empezar la semana anterior con el estudio de toda la liturgia del domingo. Se comenzará con las lecturas, pensando en las relaciones entre ellas y las demás partes de la liturgia, reflexionando cómo Dios nos habla de nuestras vidas y obras.

El predicador tiene que recordar que nuestras palabras (las suyas también) tienen sus límites en la experiencia humana. Debemos dar lugar también a otras formas de expresión para conocer y experimentar las verdades cristianas. Con un amplio tratamiento de los temas bíblicos el sermón nos va a dar un sentido de la plenitud de la vida en Cristo. Además, dará una comprensión más profunda de la riqueza para nuestras vidas que se encuentra en la liturgia.

SOBRE EL OFERTORIO

El ofertorio es nuestra repuesta al escuchar la palabra de Dios. Es nuestro compromiso con Dios a servirle a él por medio de nuestro servicio al mundo. Es nuestra diakonía. El ofertorio nos sirve para establecer una conexión cultural entre nuestra liturgia y nuestra diakonía.

La liturgia de la palabra nos habla de las grandes obras de Dios, y de la salvación que nos brinda por la vida, muerte y resurrección de su Hijo Jesucristo. Por medio de las lecturas y la predicación, él nos enseña como debemos vivir y nos exige que nos demos a nosotros mismos como un sacrificio vivo en su servicio. Es decir, en nuestras vidas diarias nosotros actuamos y trabajamos, cada uno desde su puesto de trabajo, para mejorar la sociedad en que vivimos. Esto es nuestra diakonía. Tiene su fuente y su inspiración en la liturgia. Se ve, pues, que la liturgia mantiene una estrecha relación con la vida cotidiana. El ofertorio es la parte que da al mundo desde dentro de la liturgia.

La oración de la iglesia nos da la oportunidad de cumplir con nuestro deber de orar por el pueblo de Dios, la sociedad y el mundo. Esta oración abarca todo y a todos, porque todo es de Dios. El apóstol nos exige en su primera carta a Timoteo (2, 1-2) orar por todos. Ser cristiano es orar. Toda la vida del cristiano se caracteriza por la oración, porque la oración es la característica más profunda de la vida en Cristo.

La oración de la iglesia -- se llama también la oración de los fieles, o de la comunidad -- está seguida por La Paz del Señor. Habiéndonos metido en la oración por todo el pueblo de Dios, compartimos la paz entre nosotros como un signo visible de la unidad que tenemos en Cristo. Compartir la Paz del Señor no es un mero saludar a alguien. Es compartir los unos con los otros la paz que nos viene únicamente del Señor, y que nos toca en lo más profundo de nuestro ser.

La recolección de las ofrendas puede tener lugar en este punto para que podamos llevarlas junto con el pan y el vino a la mesa de la comunión, diciendo o cantando un ofertorio, que consta de unos versículos que tratan el tema de servicio o sacrificio. San Pablo nos da el modelo en su carta a los romanos: (12, 1) "Ahora, hermanos, los invito por la misericordia de Dios que se entreguen ustedes mismos como sacrificio vivo y santo que agrada a Dios: ése es nuestro culto espiritual."

Todas estas ofrendas, incluso el pan y el vino, son fruto de nuestro trabajo, que ofrecemos a Dios para que él lo bendiga para nuestra comunión en la liturgia y el trabajo de la iglesia en el mundo.

Esta parte de la liturgia, entonces, que se llama el ofertorio, debe formar una parte integral de la eucaristía. Si la eucaristía es nuestra acción de gracias, a la cual damos expresión en la comunión con los fieles, el ofertorio nos da la oportunidad, dentro de esta comunidad, de hacer un signo visible e importante de nuestra mayordomía en el mundo.

LA LITURGIA DE LA SANTA CENA

Se puede introducir la liturgia del sacramento con un himno. En seguida viene el prefacio, una serie de versículos y una oración que nos prepara para participar en el rito íntimo y profundo

de la cena con el Señor y con la comunidad. El Santo, que termina el prefacio, utiliza dos pasajes de la Biblia para decirnos que en esta cena tocamos a la vez el cielo y la tierra. La primera parte del Santo consta de la visión del profeta Isaías, cuando vio la gloria de Dios, y la segunda de la entrada de Cristo en Jerusalén en el Día de Ramos. En la cena del Señor celebramos la unión de la gran familia de Dios, tantos los vivos como los muertos que ya forman parte de la corte celestial. Esto es el cuerpo vivo de Cristo.

La oración eucarística es una oración que tiene raíces hebráicas. Cuenta las grandes obras de Dios y su plan para la salvación del mundo. Dentro de esta oración se encuentran las Palabras de Institución, las cuales siempre usamos para la consagración del pan y vino. La oración eucarística, con su amplia visión y expresión de la obra creativa y redentor de Dios, es, fuera de la comunión misma, el climax de la liturgia de la santa cena. Culmina con la oración de nuestro Señor mismo, el Padre Nuestro.

La comunión no debe celebrar solamente el perdón de pecados. Eso sí. Pero sobre todo esta cena es una celebración de la alegría que tenemos como miembros de la familia de Dios. Somos sus hijos. El nos llama así. Esta es su mesa, y él nos ha invitado a compartir. Debemos regocijarnos en su presencia y en la presencia de sus hijos, la comunidad.

EXCURSUS SOBRE LA SANTA COMUNIÓN

Hablando de la liturgia luterana, hemos perdido el concepto de la comunión como una comida o cena comunitarias, como era en el tiempo de Jesús, y después, en el tiempo de los apóstoles. Era un ágape en el cual participaron todos, y dentro del cual conmemoraron la acción de Jesús cuando dijo: "Hagan esto en memoria mía."

Esta acción comunitaria de una comida se transformaba poco a poco en una acción de una sola persona, el sacerdote, al relacionar el sacramento cada vez más con el sacrificio y la muerte de Jesús, perdiendo el sentido de la comunidad. El concepto de sacrificio, que formó una parte integral del sacramento original cuando los fieles llevaron sus ofrendas para el ágape y para la santa cena misma, se convirtió paulatinamente en el solo concepto del sacrificio propiciatorio de Jesús en la cruz, y finalmente en el concepto

medieval de la participación del sacerdote mismo en la acción de ofrecer a Cristo en el sacramento.

Ahora el sacerdote lleva el sacrificio como un don para el pueblo. El se convierte en una persona especial, una persona con autoridad y rango entre la gente. Es él quien ofrece al mismo Cristo en la misa para el beneficio del pueblo. Toda la acción queda en sus manos. Ahora la gente no tiene que hacer nada, solamente asistir, estar presente durante la acción hecha por el sacerdote. Todo concepto comunitario de la misa está perdido. De hecho, muchas veces el sacerdote está completamente solo, oficiando misas por intenciones de varias personas, que le han pagado. Por eso no necesita congregación. No existe el concepto del cuerpo de Cristo, excepto en la hostia misma, el pedacito de pan — artificial es decir, que no es pan en el sentido común — que ahora tiene significado e importancia especiales. Eso lleva a la adoración de la hostia misma como el signo más importante de la presencia real y actual de Cristo en nuestro medio. Por extensión, eso lleva también a la construcción de catedrales, no tanto para servir al pueblo de Dios, sino para ser el sitio donde se puede colocar la hostia a la vista de la gente. Ahora es el ambiente misterioso del interior de la catedral el que comunica la presencia de Dios. Esta es la verdadera casa de Dios. El cuerpo de Cristo es una cosa ubicada por encima del altar.

Esta teología del sacrificio la rechazaron los reformadores por no ser bíblico. Y con razón. Desafortunadamente, ni ellos ni inclusive Lutero mismo, hicieron un estudio a fondo de los orígenes del sacramento. Rechazaron el concepto del sacrificio medieval, pero no volvieron a captar un concepto de sacrificio sano, que sí forma una parte de la comunión. Rechazaron la acción sola del sacerdote, y reiniciaron la participación del pueblo, pero no captaron los conceptos de alegría y de la unidad del pueblo unido por Cristo.

Quedó, pues, en el sacramento luterano solamente el concepto del perdón de los pecados y la estrecha relación con la cruz y la muerte de Jesús. A pesar de la participación de todos, el énfasis luterano queda en el individuo, sus pecados y su relación con Cristo. Para decirlo en otras palabras, el luteranismo siguió, prácticamente, en cuanto al sacramento del altar, con una teología no muy lejos de la teología catolicorromana, purificada de todo concepto de sacrificio, y sin una oración eucarística.

En términos prácticos, el resultado para la práctica y la teología luteranas del sacramento del altar, ha sido triste. Por haber reaccionado contra todo lo perteneciente a la iglesia catolicorromana, quedamos con un rito más o menos seco, divorciado de la liturgia de la palabra, y sin mucha influencia en la vida de la iglesia. Faltando el aspecto de la comida comunitaria de la familia de Dios, faltando una oración eucarística que hubiera podido dar un más amplio sentido al ritual, poniendo tanto énfasis en el perdón de pecados y casi nada más, hemos sacado del sacramento una mayor parte del significado, y ahora tenemos un ritual que observamos de vez en cuando, como una cola a la liturgia de la palabra. Para explicar este fenómeno hemos desarrollado una teología que implica que el sacramento no tiene tanta importancia en nuestra vida porque ya recibimos a la Palabra en la predicación. Resulta que tenemos una liturgia que es muy intelectual y verbal. Se dice también que no debemos participar en la santa cena tan frecuentemente porque la convertiríamos en una cosa común, sin sentido. Yo diría que eso es precisamente lo que debe ser la comunión: una cosa común, es decir, de costumbre, para que podamos entrar más profundamente en esta acción tan íntima de la comunidad que nos dejó Jesús.

Otro resultado de nuestra práctica, heredado de la Edad Media y relacionado con la confesión, es un cierto temor del sacramento, un sentido de peligro asociado con la idea de comulgar sin ser digno de la comunión. Hay también una falsa comprensión del episodio en el cual San Pablo critica a los corintios por los abusos que practicaban en su celebración de la santa cena y el ágape. En vez de ser una comida de amor y de compartir entre ellos, la convierten en una cosa en la cual cada uno va por su lado buscando su propio bien, y no pensando en los demás. Esto es lo contrario del propósito de Jesús en la última cena. En nuestra inquietud de ser dignos para la comunión ponemos cada vez más énfasis en la confesión corporativa de pecados antes de la liturgia.

Otro resultado de nuestra práctica ha sido perder todo sentido de la relación entre la comunión y la vida. Sin la oración eucarística, que nos habla de la creación y todas las obras de Dios, y sin la percepción de la comida comunitaria, nunca pensamos que la santa cena debe reflejar nuestras cenas y comidas de la vida diaria, y debe hacernos recordar que la vida en Cristo es una unidad. La santa cena es un signo de la sacralidad de toda nuestra vida,

porque en Cristo toda la vida es sagrada. Aquí en el sacramento encontramos en una manera especial a la Palabra encarnada. Este encuentro con Cristo en una manera física debe ser una parte actual cada vez que celebramos la liturgia.